Arnulfi, con aquella última expresión sonriente y resignada con la que nos parece oirle decir:

—Muero joven, pero seré sentido y recordado.

XIII

Los defensores de los Alpes.

Al fin logré ingerirme en el último gran palco de la derecha en el momento que entraba también en él el Sr. Rogelli, llevando delante á su interminable prima inglesa la señora Penrith, que precisamente había venido de Turín con este objeto, y no encontramos ya más que tres palmos de banco junto á la entrada, donde me esperaba hacía lo menos una hora el bueno del agrónomo que me había acompañado á Cavour. Rogelli estaba radiante. La idea del ministro de la Guerra de reunir en su ciudad natal, con ocasión de las grandes maniobras de verano, á los veinte batallones alpinos para celebrar el décimo aniversario de su creación con un solemne desfile ante el rey de Italia, era para él una idea *sublime;* en quin-

ce días no había hecho otra cosa mas que pregonar este adjetivo por todos los cafés de Pinerolo, ofreciendo copas á cuantos le hacían coro, y vomitando metralla contra los periódicos que consideraron esto como un despilfarro del dinero público. Hay cabezas originales, ciudadanos pacíficos y maduros que se enamoran de un cuerpo de ejército, lo mismo que algunos artistas *dilettanti* de una determinada escuela de pintura; que no se familiarizan mas que con sus oficiales, toman una tintura de los estudios que hacen éstos, repiten sus discursos, y al verlos y oirles, quien no les conozca, los toma por antiguos oficiales del cuerpo que adoran: lo cual es para ellos la más dulce de las satisfacciones.

El Sr. Rogelli era uno de éstos; su pasión eran los alpinos; pasión que le costaba los cuartos, pero que le llenaba la vida. Era íntimo amigo de los comandantes y capitanes, seguía á las compañías en sus excursiones por las montañas, convidaba á beber á los soldados, conocía á fondo el servicio, y tenía en la palma de la mano la topografía de las distintas zonas, y en la punta de los dedos la lista de reclutamiento.

No veía en el ejército mas que los batallones alpinos, y parecíale que sobre ellos descansaban todas las esperanzas de Italia. No era locura de un instante, era su preocupación, su manía; su amor á la patria tenía los vivos verdes, y se engalanaba con la pluma de cuervo. Era, por lo demás, una pasión franca y noble en el fondo, nacida del amor á la montaña,

donde había crecido; de la simpatía por el ejército, en donde tenía un hermano, y de varios otros gustos y sentimientos de cazador, de acuarelista, de gran comilón y de buen hijo, confundido todo y avivado por una secreta llama de estro poético, que una vez al año daba señales de su existencia en algún mal soneto.

Por esto, aquella mañana estaba radiante de gozo, y apenas me vió me lanzó un sonoro:—¡Ea, ya estamos!—señalándome la larga fila de palcos adornados con banderas que el municipio había hecho levantar en la gran plaza á derecha é izquierda de la tribuna real. El municipio había dispuesto bien las cosas. El Sr. Rogelli se restregó las manos, quitó del brazo de la señora el canastillo de flores para devolvérselo en el momento oportuno, y tomó sitio en pie, apoyado contra el asta de la tienda, en actitud de general victorioso.

*
* *

El desfile debía comenzar á las diez. Los palcos se veían negrear con los trajes de los hombres, y esmaltados de varios colores con los de las señoras, resplandecientes con los galones, y en continuo hormigueo, como si fueran enormes enjambres, y un mar de gente, en donde desembocan muchos torrentes, fluctuaba levantando gran rumor en el espacio que va desde la Puerta de Turín á la Puerta de Francia.

En las casas grandes de la Plaza parecía que todos los habitantes de Pinerolo se habían amontonado, y como si quisieran deslizarse fuera de las ventanas, á la manera de gotas de un líquido comprimido por las paredes del recipiente, las terrazas semejaban enormes jardineras, rebosando toda clase de flores de montaña; y en las tribunas y por la plaza, innumerables hojas volantes, en las cuales estaban impresos los nombres de los veinte batallones y los pueblos de donde se sacan, se agitaban por los aires y corrían de mano en mano, manchando con mil colores la multitud como si fueran grandes mariposas prisioneras. Desde el día de la entrada de Manuel Filiberto, Pinerolo no había vuelto á ver seguramente hervir tanta sangre ni palpitar tanta alegría dentro de sus muros. Con grande esfuerzo se había mantenido libre un estrecho espacio para el paso de los batallones entre los palcos y los pórticos; y aun este pequeño surco abierto á viva fuerza se cerraba continuamente, como si fuera herida abierta que hiciese sufrir á la multitud. Los alpinos debían desfilar en pelotones, bajando del valle del Chisone: hacía dos días que estaban acampados allí; desde la abadía hasta Perosa todo el valle hormigueaba como si hubiese bajado un ejército del Delfinado. La cabeza de la columna estaba ya en las primeras casas de Pinerolo. Todo había marchado y marchaba bien, aun allá arriba, donde desde el alba se habían disipado, gracias sin duda á las severas miradas de Rogelli, las últimas nubecillas de un breve temporal de la noche pasada.

Al sonar las diez, anunciadas por cien toques de cornetas, que fueron acogidos con un aplauso que parecía el fuego de fusilería de una división, apareció el rey.

En el mismo momento se vieron asomar por el fondo de la plaza la pluma blanca del comandante del primer regimiento y las plumas negras del primer batallón.

Un ayudante de campo llevó la orden de dar principio al desfile, tocaron las charangas, la inmensa multitud se conmovió como sobrecogida por una corriente eléctrica, y luego todo fue profundo silencio durante algunos segundos.

El coronel del primer regimiento avanza. El batallón del *Alto Tanaro* se mueve.

Al aparecer los pompones blancos de la primera compañía estalló un aplauso y un viva que hizo retemblar la plaza, cayendo de tribunas y ventanas una nube de flores. Todos aquellos soldados, altos, fuertes, rubios en su mayoría, con sombreros calabreses y la pluma tiesa, con los vivos verdes, de aspecto vigoroso y ligero juntamente, y con aire como de otra raza, pero italianos sin embargo en los ojos, despertaron un primer sentimiento vivísimo de maravilla y de simpatía. Y fue más caluroso el aplauso porque era un batallón singular, compuesto de piamonteses y ligures, sacados de aquel triángulo de las antiguas provincias que se apoya en Oneglia y en Savona y toca su tercer vértice en Mondovi; hijos de la montaña y jóvenes de la marina, con caras blancas y morenas, ojos rasgados y cabellos

muy diversos. La multitud aclamó en tropel á todos los pueblos de ambas partes de los Alpes:—¡Viva Garessio! ¡Viva Albenga, Bagnasco, Finalborgo, Pamparato, Diano!

Y á todos se apareció en la mente, como visto por una rotura de la cadena de los montes, un declive gris de olivos, y el pueblo blanco circundado de huertos y bosquetes de naranjos que se destacan sobre el azulado mar moteado de velas. Desfilaban de una manera admirable; y al volverse todos hacia la izquierda de vez en cuando para corregir la alineación, mostraban sus cabezas bien formadas, sus cuellos taurinos, las mejillas vivamente coloradas. La señora Penrith, llena de protectora benevolencia por Italia, prorrumpía en exclamaciones admirativas, diciendo que no habrían hecho mala figura al lado de la guardia de la Reina Victoria. Rogelli ni siquiera tocaba con los pies en el suelo; parecía que á todos los hubiese formado y modelado él mismo. Exclamaba:—¡Qué fortaleza tienen esas cajas torácicas! ¡Qué armazón la de esos cuerpos!—Ponía por las nubes el sistema de reclutamiento; esto es, el ejército del porvenir. No eran batallones mixtos de gente de todas las provincias; eran pedazos animados de Italia misma, los que pasaban con sus nombres y con sus tradiciones, cada cual con su propio orgullo de familia, compenetrado con el amplio sentimiento del amor de la patria y del honor nacional.—¡Miren qué presencia de caballeros!—montañeses de cerebro recto, con los conceptos de *lo mío* y de *lo tuyo* perfectamente distinguidos; lógicos como cuatro y cuatro

son ocho, de quienes se puede obtener todo, razonando, persuadiéndoles de que las faltas son «malos cálculos»; cariñosos para con sus oficiales, con los cuales adquieren familiaridad, sin abusar de ella, en la vida común de la montaña; nada disputadores, ni siquiera cuando beben; sanos y francos como el aire de sus valles.—¡Viva Savona! ¡Viva Mondovi! ¡Viva Oneglía!—gritó la multitud. Y todo el primer batallón pasó entre aquellas rumorosas aclamaciones de la patria, que oía por vez primera tranquilamente, como si no fueran dirigidas á él; y enviando al rey de Italia el primer saludo de los Alpes y del mar.

*
* *

Y avanzaron los pompones rojos de *Val Tanaro*, dos veces saludados por diez mil gritos. Me pareció que pasaba el primer batallón. No se veían ya las caras morenas de la marina. Le formaban los hijos de todos aquellos pueblos señalados por la historia, cuyos nombres son para nosotros como truenos y fulgores de rayo que iluminan el pálido semblante de Bonaparte: los hijos de Cairo, de Montenotte, de Dego, de Millesimo; de aquellos montes memorables donde los piamonteses disputaron el paso á Francia durante cuatro años, de precipicio en precipicio, de garganta en garganta. Eran soldados de las tierras donde el Genovesado y el Piamonte se tocan, confundiendo sus lenguas y

sus costumbres; nacidos entre los altos bosques de castaños y de hayas, atormentados por los vientos marinos que extienden por la soledad un lamento medroso y solemne, dignos verdaderamente de llamarse ligures entre sus vecinos de la marina, y piamonteses entre sus hermanos de Monferrato; firmes para el trabajo, dóciles á la disciplina, valerosos como muchos de sus padres que honraron la sangre italiana en la legión inmortal de Montevideo. Entre ellos venían los puros piamonteses de Murazzano, Donesiglio, de Dogliani, los hijos de la altiva Ceva, dura en otro tiempo para ser dominada por Napoleón, y aquellos á quienes sus madres llevaron en mantillas á besar la virgen de Vico.

¡Viva Ormea! —gritó la multitud. —¡Viva Bossolasco! ¡Viva Sassello!

El agrónomo hubiese querido gritar:—¡Viva el vino Dolcetto!—pero confió su pensamiento á mí solo. Rogelli, conocedor de estos pueblos, recordaba las buenas cacerías de perdices y las grandes cestadas de criadillas de tierra. Y volvió á repetir sus elogios al reclutamiento alpino, gracias al cual una buena parte de los jóvenes de los batallones son antiguos conocidos. Se encuentran juntos el amo de la casa y su inquilino; y muchas veces, el propietario de una tierra, siempre soldado, y su arrendatario, cabo ó los hijos de dos concejales enemigos que se reconcilian en el fuego del vivac; ó también los dos pretendientes á una misma muchacha, para quienes el servicio en el ejército es como un período de paz armada, después del cual renacerá con más ardor la lucha.

Es preciso oír sus conversaciones, ¡qué *sabor local!* Y ¡cómo comentan *El Pueblo* del sábado que trae la crónica del pueblecillo!—¡Miren aquellos zapadores!—exclamó rebosando alegría toda su alma al oír los aplausos que saludaban á los zapadores de la última compañía; ocho colosos que parecían haberlos elegido entre un millar, y que avanzaban majestuosamente con paso de comendadores de piedra, con el cuchillo en la cintura; armados con pala, pico, azadón y hacha; sonrientes y desenvueltos bajo aquella carga como si la llevasen por puro adorno. Y estalla un estrepitoso grito:—¡Viva *Val Tanaro!*—al cual contestó la multitud haciendo coro; y luego, volviéndose hacia otro lado, repitió:—¡Viva *Val Pesio!*—y la multitud á su vez:—¡Viva *Val Pesio!*—dirigiendo miradas al nuevo batallón que en el fondo de la plaza mostraba ya sus pompones verdes.

*
* *

El batallón *Val Pesio* se aproximó en medio del palmoteo y de los gritos de entusiasmo. Eran otra vez piamonteses y ligures confundidos, paisanos del estadista Botero y del novelista Ruffini, del presidente Biancheri y del autor de *Monsú Travet;* hijos de Taggia llena de violetas, de Bordighera coronada de palmas, de San Remo festoneada de quintas; de todos los pueblos más encantadores de la ribera del

poniente, y junto con ellos los soldados de Carrú, de Trinitá di Villanova de la Chiusa, gentes de voz ruda, de áspero dialecto y de fiera fisonomía.—¡Jóvenes de nervio y de cabeza!—exclamó Rogelli,—á las cinco semanas de servicio, son soldados!—¡Vinos fuertes y secos!—dijo el agrónomo; al cabo de cinco años de embotellados son una esencia de príncipes.—Son buena gente—observó la señora.—Son alpinos—respondio modestamente el primo. ¡Y cómo lo aprecian! Había usted de ver en el reconocimiento, cuando á un aspirante alpino se le dice:—Eres demasiado débil;—se enciende de rabia y de vergüenza.—¡Pero si soy capaz de llevar un par de mochilas!—responden, porque á toda costa quieren entrar en los batallones alpinos también; y se comprende, por no alejarse de casa; pero mucho más por amor propio ante las muchachas del pueblo á quienes quieren galantear con la pluma de águila en el sombrero. La señora hubiera querido retratar el batallón en una fotografía instantánea.—Pero ¡ca!—exclamó Rogelli.—¡Estos no son alpinos!—Era preciso sorprenderles en marcha, al presentarse ante un pueblo donde piensan bailar por la noche, cuando todos se reaniman y se aplican al sombrero las *estrellas de montaña*, que no hay manera de hacérselas quitar á estos Don Juanes ambiciosos y alpestres. Era preciso verles de lo alto, cuando forman una cinta negra y serpeante por las laderas nevadas de los montes, larga hasta perderse de vista, que se fracciona, se une y brilla, haciendo retumbar el valle desierto con risas y cantos repeti-

dos por el eco de cien gargantas. Es preciso verlos desfilar como fantasmas por las altísimas cimas, velados y agigantados por las nieblas, ó hacer la cadena en los pasos peligrosos con la nieve hasta las rodillas, apretados por las manos unos contra otros, ó atados con las cuerdas por la cintura, ó también caminar contoneándose en medio de la tormenta, con el sombrero calado hasta los ojos, con el pañuelo atado alrededor de la cabeza, con el bastón empuñado, y los especiales zuecos en los pies, envueltos y cegados por la nieve, ó correr de noche por la montaña como un bando de locos, en medio de truenos y relámpagos, en busca de sus tiendas arrebatadas por el huracán. Es preciso verlos cuando algún compañero suyo se precipita no se sabe dónde, como si se necesitan cuatro para salvarle, veinte arrojan instantáneamente su sombrero y su daga y están prontos á arriesgar su vida, oyéndose la voz de los oficiales que gritan:—¡Prudencia!... ¡Allá se ven los alpinos!—Y como si se hubieran oído aquellas palabras, la multitud saludó con un estallido de ruidosos vivas, que parecía el hurra de un asalto, al último pelotón de *Val di Pesio*.

*
* *

Otra pluma de coronel blanquea ya en el fondo de la plaza, avanzando los pompones blancos del batallón *Col di Tenda*, los jóvenes nacidos entre las florestas sombrías y temero-

sos precipicios de los dos altos valles por donde saltan las aguas del Gesso y la Vermenagna; los gruesos Limontini con caras color de leche y sangre cuajadas, los hermanos de las Tendesas robustas que llevan como diadema alrededor de la cabeza rubia un lazo de terciopelo negro, y los pastores de la vasta meseta de Vallasco, plagado de flores azules y blancas, y de las montañas de Valdieri; muchos de los cuales, jovencillos, encontraron mil veces por sus empinadas veredas á Víctor Manuel solitario, vestido de alpinista, saludándoles con el *ciau* familiar. Soldados duros, nacidos en pueblos de nombres duros, estridentes como mandatos militares: Entraque, Roccavione, Robilante, Roaschia; orgullosos como aquel municipio suyo que negó al rey por muchos años el privilegio de cazar en sus tierras. Y avanzaban á grandes pasos, calcando el pie como para probar la firmeza del terreno y mirando hacia adelante sin cuidarse de los aplausos ni de los vivas.—Estos sí que son sólidos—exclamó Rogelli.—Pedazos de roca; armazones de zapadores; treinta y tres kilogramos encima y listos como cabras; cuatro horas á cuatro pies buscando por la nieve los senderos cubiertos; tres días seguidos en medio de la furia de los temporales. Caídas para deshacerse la cabeza; arriba, y con un frote de nieve á las orejas, como si no hubiese pasado nada, y á veces con un compañero herido á las espaldas; y helados por el viento que corta la cara; y asaeteados por el sol que inflama las rocas; siempre firmes; y cuando llegan al sitio del descanso son capaces

de echar á rodar la mochila por un precipicio para poder hacer la apuesta de volverla á recuperar, ó por el placer de deslizarse tres millas por la pendiente de un monte, sirviéndoles de trineo la chaqueta y agarrados á las mangas como á dos bridas. Y con todo esto, ¡en *ochenta y siete días* seguidos, ni uno sólo enfermo en la compañía! Apetitos á lo Gargantúa y todos locos por el vino. Saben de memoria, como los días de la semana, los nombres y apellidos de los alcaldes y boticarios que tienen la buena costumbre de ofrecer un vaso á los valientes alpinos y las hospederías mejor provistas en que se sirve todo en un cuarto de hora; y á una pregunta de la señora: — ¿y de cuartos?—respondió:—son los Nabab de los soldados, los alpinos; los padres, los hermanos que hacen fortuna fuera de Italia, piensan en ellos y llueven las letras.—¡Viva el batallón *Col di Tenda!*—Y, resonando este grito en un momento de silencio, despertó el eco de otros mil gritos, é hizo caer una nube de flores delante de los soldados del último pelotón, que las miraban maravillados, como diciendo: —¿Flores?... ¡botellas debían de ser!—Y el pelotón pasó chocando con el ala izquierda, lanzada por un movimiento ondulante del centro contra la empalizada de un palco, que rechinó como si hubiera sufrido un disparo de catapulta, provocando nuevo estallido de alegres gritos y de aplausos.

*
* *

Y he aquí que se oyen las rabiosas cornetas y aparece la larga pluma de águila del comandante del batallón *Val di Stura*. Yo ví á lo lejos el severo pueblo de Vinadio, agrupado en la pendiente de la montaña como un puñado de gentes armadas para la defensa, y el fuerte amenazador en lo alto, y el camino estrecho en el fondo del valle, serpenteando sobre los movibles puentes y bajo las bóvedas, junto al torrente roto por las rocas, y más allá la siniestra garganta de las Barricadas, encharcada con sangre francesa, y la colina de la Argentera, resplandeciente por las legiones de Pompeyo. El agrónomo vió, por su parte, el pueblecillo de Castelmagno en Val di Grana, célebre por su queso azulado, y las bellas colinas de Caraglio, cuyo vino conocía, *grueso, pero bueno*. El batallón atravesaba la plaza desenvuelto y ordenado, mostrando sus quinientas caras sonrosadas y viriles, sobre las cuales se pintaba un solo pensamiento. Mistress Penrith creyó descubrir en ellos una expresión general de tristeza, y preguntó si era aquella la índole de los habitantes de ambos valles.

—¡Usted se burla de mí!—respondió Rogelli riendo;—en este momento son unos impostores.—Era de ver, como él lo había visto, con qué loco furor, después de diez horas de marcha «efectiva», cazaban los cuervos por la ambición de aquellas dichosas plumas, ó luchaban en hacer rodar peñascos por aquellos precipicios para ahuyentar de sus escondrijos á las cabras salvajes, con la esperanza de probar un bocado sabroso. Y describía las amenísimas

escenas de los pastos: los alpinos allá arriba en la cima saludando alegremente la presencia de los mulos cargados en el fondo del valle, llamándoles uno á uno por su nombre, como si fueran hermanos; el toque de rancho acogido con cien gritos de alegría; apresúranse todos á buscar leña, y merodeando en media milla á la redonda, vuelven á los pocos minutos cargados de haces enormes y aun de troncos enteros de árboles; brillan los fuegos, hierven las escudillas de madera, los entendidos en culinaria sacan las hierbas recogidas por el camino, la calabacilla ó el tomate que de siete millas traen en el bolsillo, quizá el puerco-espín cazado por la mañana; y quién grita, quién patea, quién sopla: aderezan salsas maravillosas y fritos increíbles; se atracan de fresas, se embadurnan la cara con el jugo de las moras y chupan la cantimplora hasta la última gota, y arriba, que ha resonado la corneta: treinta minutos había durado el festín entre prepararse y hacer el primer quilo de la digestión y hételos en fila otra vez, reanudando la subida, cortando rebanadas y triturando pan plácidamente para limpiar el canal alimenticio que al cabo de una hora volverá á gritar socorro.—¡Brochi! ¡Brochi! ¡Oh, Brochi!—gritó de improviso Rogelli dando una gran risotada.—¿Quién es? ¿Qué ocurre?—preguntaron en derredor. Había visto en el último pelotón á un soldado conocido suyo, famoso comedor, privilegiado con ración doble y siempre atiborrado por sus compañeros, y siempre hambriento sin embargo. Pero su grito fue á perderse en el clamoreo general

de la multitud, que daba su último saludo á *Val di Stura*.

*
* *

—¡Señores, los hijos del Monviso!—gritó un estudiante. Era el batallón *Val Maira* que avanzaba; un batallón reclutado en el valle de aquel nombre y en los dos valles de Saluzzo; los nacidos y crecidos á lo largo de las humildes orillas del riachuelo que llevara al Adriático el tributo de diez ríos y de mil torrentes. Jóvenes de elevada estatura, de cara pacata y benévola, con aquel andar *fluctuante* de la gente habituada á subir, acostumbrados á emigrar en buen número durante el invierno á Francia, ó de descender al llano en la época de recoger las mieses y por la vendimia.

La multitud gritó:—¡Viva Val Varaita! ¡Viva Saluzzo!—la primera compañía recibió una cestada de myosotis de un grupo de señoras saluzesas asomadas á una terraza. Muchos soldados tenían entre la gente sus familias, que habían descendido de los montes para saludarlos. Los había nacidos en Crissolo, que de muchachos se habían arriesgado temblorosos en medio de las tinieblas de la gran caverna del río Martino, llena de misteriosos fragores; y de Paesanesi, habituados á indicar al forastero la legendaria casa donde espiró Desiderio; los montañeses de Casteldefino, prácticos en la estupenda floresta de pinos, á los que debe el

Monviso el bello adjetivo de Virgilio. Pueblos, barrios, donde todavía duran raras costumbres antiquísimas.

Varios de aquellos soldados, por ejemplo, los de Sampeyre, los habían llevado sus padrinos al bautismo con las espaldas envueltas en un pañuelo blanco, que simboliza su función mujeril. Estos mismos, en la comida de los esponsales, habrían pasado de pie sobre la mesa para ir á dar un beso á la esposa, bajo la cofia cargada de encajes hechos en casa. Otros recibirán de ella, el primer día de matrimonio, el regalo consagrado del jergón, y su cortejo nupcial irá precedido á la romana por un jovencillo, llevando una rueca con lana. Y para muchos el lecho nupcial será el primero en que hayan tenido el consuelo de estirarse, porque en sus pueblos, por tradición, el celibato no da derecho más que á dormir en el pajar.

—¡Son esposas de buena pasta!—dijo Rogelli;—lo garantizo yo.—Y todos se echaron á reir menos él. Sí, seguramente; él los había visto trabajar sin mochila. Con la mochila hacían maravillas; sin mochila, prodigios. Suben por las más empinadas laderas, derechos como estatuas, con la respiración inalterable; caminan por entre montones de piedras movibles, haciendo equilibrio al borde de los precipicios; trepan por las nieves heladas, por paredes de piedra casi verticales, agarrándose á hendiduras y salientes pequeñísimas, á los relieves de piedra lisa apenas perceptibles, y bajo sus pies está la muerte y sobre su cabeza una cruz; ¡qué importa! Donde echan su mano es como

una garra; donde plantan el pie queda como clavado, ¡y mientras los espectadores tiemblan, ellos sonríen!—¡Viva, viva, viva!—gritó con toda la fuerza de su garganta. Y viendo que la multitud no necesitaba excitaciones al aplauso, el buen entusiasta de los Alpes permaneció un minuto inmóvil, con la vista como perdida tras de la prepotente fantasía que lo transportaba quizá á los valles silenciosos y profundos, y á las grandes florestas de abetos de donde habian descendido sus «hijos». Las «desgarradoras» cornetas de *Val Chisone* le conmovieron.

*
* *

Presenciamos entonces una fiesta de familia bellísima, un batallón que entraba triunfalmente en casa propia, soldados que habían nacido á un paso de Pinerolo, hijos del fuerte de Fenestrelle, de la sonriente Perosa, de la bella Giaveno, recibidos en su pequeña capital, donde les esperaban los padres, los amigos, las muchachas, que habían conquistado los primeros puestos entre la multitud á fuerza de codazos, y que llevaban esperando varias horas aquel ansiado momento: no había más gente extraña que los de Cesana y los de la ciudad de Rivoli, el Auteuil de Turín. Entre la multitud se veían muchas mujeres del valle alto de Fenestrelle, con aquellas extrañas cofias blancas, que parecen grandes yelmos de

papel; muchas de aquellas pizpiretas montañesas de Pragellato, que en sus tradicionales bailes, á una nota convenida del violinista, se paran y dan y toman de la boca del bailarín un prolongado beso; y cientos de muchachas de los talleres, con los ojos de fuego, y viejas caras de abuelos que quizá por última vez habían bajado de sus pueblos.

No esperaron á que pasase la primera compañía: estallaron al aparecer los zapadores. No parecía sino que habían pasado años sin verlos. Gritaban y reían, agitaban los brazos, llamaban á los soldados por sus nombres, se metían por medio de los pelotones, querían romper las filas. A los demás espectadores la conmoción les impedía aplaudir. La señora inglesa humedeció los adornos de su abanico con sus lágrimas. Creía que aquella expansión afectuosa fuese efecto de una separación larga. Pero Rogelli la desengañó. Se veían muy amenudo, quizá demasiado. Era el lado débil de los alpinos el pasar demasiado frecuentemente cerca de casa.

Se podía decir que las únicas faltas suyas eran las escapatorias. Enamorados con su rincón, como todos los montañeses, cuando ven á lo lejos el campanario de su lugar les fascina: saben bien lo que les espera después de la escapada, pero no importa; se escabullen y corren que les lleva el diablo, y luego vuelven cabizbajos y con la cara larga, resignados al castigo previsto, que cumplen sin resollar, rumiando los agradables recuerdos; y si á veces les contiene alguna cosa, no es el temor del